

no ha sido posible tratarlo a causa principalmente de la falta de cultura de sus habitantes y de la indiferencia que aquí existe por la literatura, lo que habría colocado al escritor que de él se ocupara en el disparadero de morirse de hambre o dejar de ser escritor; y que otros, finalmente, por causa racial, no tienen eco ni origen en los escritores nacionales.

Este anhelo, sumado al no menos generoso de Raúl Silva Castro, ofrece el compuesto de un trabajo crítico maduro, dotado de muy nobles y leales propósitos. Se complementan, se ensamblan, de tal manera que de uno a otro, y pese al ligero ribete polémico que preside las páginas de Rojas, se evidencia cierto ritmo de continuidad que concurre a completar el esfuerzo de uno en la contribución del otro.—SALOMÓN WAPNIR.

ASONANCIAS Y DISONANCIAS

DOS CIUDADES

AL respaldo de una carta venida de Buenos Aires, advertimos un sello grande, verde, color que llaman de esperanza. Majestuoso palacio al fondo. En primer plano, una pareja de estudiantes: capa española, ceñido pantalón a cuadros, galera de felpa con hebilla de plata. Sobre límpido cielo, cuatro golondrinas. Y una leyenda sobre el marco: «Pro Ciudad Universitaria de Madrid. Yo doy 10 cts.» Para el viaje de estos estudiantes. Exodo de golondrinas.

El esfuerzo de toda España secunda la iniciativa del Monarca. Se multiplicarán los palacios, se alzarán numerosas cátedras. Todo será allí amplio, cómodo, bien dispuesto. Sólo que en un principio, como es natural, los muchachos se sentirán un poco desorientados en medio de tanta munificencia. Hasta que el tiempo dé a todo aspecto familiar y trueque palacios en hogares.

Ahora se nos ocurre a nosotros pensar en otra ciudad. Pequeñita y austral. Habitada por un sólo propósito. Salvemos proporciones. Aquella, grande, populosa, rica, principio de un continente, ciudad de paso, cielo límpido cruzado de pájaros; pupilas ante un horizonte. Esta otra, humilde, casi desconocida, ciudad de reposo, situada al término de la tierra; cielo lluvioso, cada ave en su nido; ojos inclinados sobre un microscopio analizan la propia existencia. Con todo, allí palacios que esperan vida; aquí, vida que espera palacios.

En todo caso, hermoso sueño. Cruzar el océano. Llegar a España. Revolver archivos pre-coloniales. Recibir la influencia

de maestros de prestigio mundial y aquella otra, cien veces más provechosa, en muchos casos, de la psicología y el ambiente cosmopolitas. Ser como esta pareja de estudiantes escapada de la novela de Pérez Lugín que, con sus libros auestas, se ha lanzado a recorrer el mundo, mostrando la estampa—verde, color de esperanza—de su ciudad universitaria. Esta vez han partido desde Buenos Aires. Lo dice un timbre con grandes letras rojas: «Pro-becados argentinos.» América que esta vez se decide a descubrir a España.

Pudiera ser que nuestro Gobierno, adhiriendo al proyecto del Rey Alfonso, nos proporcione algún día la satisfacción de poder enviar incitaciones fraternas y sellos como éste, grandes, verdes, con estudiantes, palacio, cielo y golondrinas. Sobre ellos, un timbre que dijera: «Pro-becados chilenos.» Y seríamos de la partida expedicionaria.

EDICIONES DE LUJO

Aventuras de Juan Esparraguito se titula el libro de cuentos que ha escrito para sus nietos don Agustín Edwards, político, ex-diplomático, industrial, historiador y banquero. Hermoso libro, según dicen aquellos que lo han tenido en sus manos, pues se trata de una obra de circulación privada y los más hemos de contentarnos con las solas referencias. Es suficiente.

Un hombre de genio y humilde condición ha de luchar con pobreza, suspicacias y prejuicios. Un millonario, en cambio, ha de vencer incitaciones del ánimo, molicie a que conduce la vida regalada, lobo con piel de cordero. Mecenazgo, filantropía, exotismo de aficiones; aplauso fácil, admiración mayoritaria. Trabajo sistemático, espíritu de empresa, labor disciplinada; germen de polémicas, pie de contradictorios juicios. De esta suerte, en el último caso, doblegar el impulso natural, vencer al diletantismo innato. Proponerse problemas, acariciar proyectos, recibir solicitudes. Viajar de continuo, llevando consigo los hilos-claves de una malla en que se debate el destino de muchos hombres. Y llegar a no concebir el descanso sino en tarea más grata. Consagrarse, por ejemplo, a recoger materiales para escribir la vida de la patria. Mediada esta tarea, un buen día, redactar una serie de cuentos—vida de la imaginación—para los nietecitos.

Bástenos el hecho. Quien puede desprenderse de todos los afanes y deshacerse de cuantas graves preocupaciones le asalten para darse a concebir historias infantiles, posee cuanto se nece-

sita—ternura, imaginación fresca—para hacer un buen libro de este género.

Nada habla como este *Esparraguito* de la claridad mental, la sistematización de ideas, la constante renovación que disfruta el señor Edwards. Fundar asociaciones mercantiles, establecer periódicos, lograr figuración, cauce normal. Escribir cuentos pueriles, dar vida a un «niño medio legumbre»—lujo que contados banqueros pueden permitirse—, credencial de creador.

Conocido ya en este sentido don Agustín Edwards, baste dejar su tarjeta—unida a la de Albert Thibaudet—sobre maravillosa portada: *Discours à l'Academie des Psychologues du goût*.

Tras la primera página—despertar del apetito—la palabra goût bailando. Tras la segunda, corcho disparado por el champagne al espacio. Y luego, la tapa de la cajita del queso, epigrama de todo banquete. Elogio del menu. El de los comensales, ya lo hemos dicho, dos tarjetas de visita sobre la bandeja maravillosa de una portada.

LO MÍNIMO

Ha mejorado notablemente el porcentaje de aumento de la población en Chile, que hasta el año 1920 era de 1,14% y que en el último censo ha llegado a ser 1.32%. A propósito de ello, el Dr. Carlos Keller ha observado que si tal cosa hubiera sucedido en la China, no sé qué enormidad de millones de habitantes se habrían sumado al astronómico total de la población de este país. Consecuencia, para nosotros, de operar con cifras pequeñas.

Surge nuevamente la cuestión de lo mínimo. El gigantón de pega que era Goliath. El inmenso titán que era David. Leyenda bíblica, eternamente repetida. Si nuestros laboratorios llegaran a proporcionarnos un aparato, mediante el cual pudiera medirse el esfuerzo potencial que desarrolla cada individuo, ¡qué de sorpresas! ¡Derrumbe de estatuas de héroes! ¡Revelación de muchos Hércules! Y—nuestra querida esperanza—reivindicación del intelectual!

Luego, la justificación, incentivo que nuestra humanidad requiere para realizar cualquier cosa. Sobre todo, para desarrollar el esfuerzo de no hacer nada, en algunos sentidos. Nadie habría de sentirse postergado, contando con un aparato que diera a conocer a la opinión la calidad de sus sacrificios, la energía que requieren sus trabajos. Supresión de muchas declamaciones;

confraternidades internacionales, que se desvanecerían en un instante. Sensacional caída del eterno figurón. Y el convencerse de que no existe más que un modo de arreglar el mundo: el que esté cada cual en lo suyo, sólo en lo suyo.

La valoración de lo mínimo, he ahí el secreto. Una máquina registradora de esta naturaleza, equivaldría a los Rayos X del pensamiento. Suprimir falsos valores. Organizar la vida sobre nueva base. Lo que no quiere decir que, conforme al nuevo sistema, el país más denso fuera el más poblado. Pero sí quedaría revelada, por su medio, la relación que existe entre el tamaño y la grandeza.—A L F A.